



GUSTAVO DURANT TODOS PIERDEN

*Relatos del
camino incorrecto*

GUSTAVO
DURANT
TODOS
PIERDEN

*Relatos del
camino incorrecto*



BIBLIOTECA ELEGIDA

*Colección dirigida por
Marcelo di Marco*

BÄRENHAUS

ÍNDICE

<i>Campión</i>	9
<i>Entre redes</i>	31
<i>Los descarriados del amor</i>	56
<i>Pelea de fondo</i>	73
<i>El reposo del guerrero</i>	82
<i>Rayos X</i>	90
<i>Lo más grande que hay</i>	105
<i>Semper senderus rectus</i>	113
<i>Dar en el clavo</i>	153

CAMPIÓN

9

Después del asadito, abstraído de las mentiras y de los versos que soltaban mis rivales de truco, pensé que no estaba tan mal vivir en este pueblo misionero. A orillas del Paraná, Puerto Echeverría era selva, era sinuosas calles de tierra colorada, era la luna blanqueando el río. Es decir, lo que no encontraba en Buenos Aires. Y el grupo del que me había hecho amigo me hacía sentir respetado. Querido, incluso.

Puerto Echeverría quedaba cerca de la nueva planta instalada por la yerbatera, y mis jefes habían levantado ahí una casita para personal itinerante. La primera impresión al llegar al pueblo no había sido la mejor: Echeverría estaba como paralizada en el tiempo, y la quietud del lugar —y sobre todo la resignada inacción de su gente— era muy palpable.

Apenas me estaba adaptando a mi nuevo hogar, cuando esa misma tarde se me ocurrió ir al bar del pueblo. Y fue entrar y toparme con una imagen bastante extraña. Una escena sacada de un thriller psicológico, de esos con hipnotizadores o científicos demenciales. De espaldas a mí, los parroquianos orientaban sus cabezas hacia un punto muy preciso: un televisor

en blanco y negro. Nadie me llevó el apunte. Al acercarme, verifiqué que mi comparación era válida: literalmente, estaban hipnotizados. Miraban un noticiero de la Red Globo, en portugués, y por eso sospeché que les daría lo mismo estar “viendo” la transmisión de una misa o una película porno. Encima se sentaban cada cual a una mesa, ignorando a los demás. Sus robóticas miradas y su silencio de muerte impregnaban de una atmósfera sepulcral el boliche. Más tarde descubriría que no siempre eran así.

Al ocupar una mesa hice un poco de ruido, y dos o tres giraron la cabeza, para enseguida volver a la pantalla. A los veinte minutos me fui sin haber oído más palabras que las del bolichero, que se limitó a decir: “¿Qué quiere?”, al principio, y “Son cuarenta pesos”, al final.

Cuando estaba abriendo la puerta para salir a la vereda, me topé con un muchacho de unos treinta y pico. Los ojos a media asta y cierto bamboleo del cuerpo evidenciaban que había tomado de más. Le hice el gesto de que pasara primero él, y entonces me dijo:

—Buenas, amigo —arrastraba las palabras, no era fácil entenderle—. ¿Usted sabe por qué Dios es grande?

—La verdad que no —dije, temeroso de que ese borracho me agrediera si no le gustaba mi respuesta—. ¿Por qué Dios es grande?

—Porque me da cincuenta pesos para una ginebra en el bar, y me da quinientos pesos para una puta en Posadas. ¿Quién otro puede hacer tanto por un

pobre gato como yo, eh? No todos tenemos la suerte de ser como el campeón.

Lo miré —vaya a saber quién era el “campeón”—, y él finalmente entró en el bar. Fue caminando a los tumbos y se arrimó a la barra. Los otros ni lo advirtieron, y ahí tuve una imagen siniestra: cada mesa era una lápida. Y sí: tanto el borracho que explicaba la grandeza de Dios como los demás parroquianos no tenían más futuro que el cementerio. Pensamientos negros que se me ocurren a veces.

11

A medida que los fui conociendo mejor, hice buenas migas con algunos más que con otros. Sin dudas, todos en el pueblo eran buena gente, pero en Echeverría no abundaba la sociabilidad. Y, cuando me enganchaba a charlar con alguien, el principal inconveniente era encontrar temas que superaran la media.

Con el Cacha, el bolichero, era distinto. No lo hubiese imaginado cuando me atendió por primera vez, pero el tipo había salido varias veces de Puerto Echeverría, y eso le daba más calle que al resto. A veces yo me inventaba las ganas de tomar un café o un trago en el bar, con la idea de desentumecerme el bocho conversando con él.

Al tiempo, logré unirme a un grupo para jugar al fútbol. Después de cada partido cada uno se iba a su casa sin haber hablado más allá de lo justo y necesario. En un principio dudé si había algún resquemor conmigo por ser porteño, pero enseguida entendí que simplemente ellos eran poco comunicativos. Hasta que me invitaron a este asado en el quincho del club, noche a la que ahora vuelvo.

—El mes que viene festejamos a Josecito, ¿se acuerdan, no? —dijo Chucho Reyes, empinando el centésimo vaso de vino de la noche, y fue al pie con un 4 de bastos—. Josecito es un grande.

—¿Qué Josecito? —dije, y lejanamente entreví la imagen del borracho con que me crucé el primer día: el Darío Mendoza, según supe después. Ahora mismo lo veía rondando la parrilla con unos cuantos vasos de la barra—. Envido.

12 —José Arroyo, porteño, el campeón. —El Chango Martínez se secó el sudor con un pañuelo mugriento—. ¿Qué otro Josecito va a ser? Quiero.

—¿Y quién es José Arroyo, el campeón? —dije, con el tono de quien no tiene obligación de saber quién es el tal José Arroyo—. Veintidós —canté a mi turno.

Los tres me miraron. Creí que era porque mentí el envido. Pero enseguida descubrí que el tema se había encarrilado hacia otro ángulo.

—¿Cómo que no sabés quién es José Arroyo, porteño? —dijo Chucho, y dejó sobre la mesa las ofendidas cartas. Noté que algunos de las mesas vecinas nos prestaban atención.

—No lo puedo creer —Artemio me miraba raro.

—Perdón que no sepa —dije, y abarcando a todos alcé las manos en señal de disculpas—. Desde que estoy en Puerto Echeverría, nadie me dijo nada.

—¿Pero cómo puede ser qué todavía no sepas quién es el campeón?

—Qué sé yo. No se ofendan, pero en general ustedes son bastante parcos. Una vez, Darío Mendoza me mencionó a un “campeón”. Eso fue el primer día,

y recién ahora me avivo de a quién se estaba refiriendo.

—¿Y cómo no le preguntaste al Darío Mendoza quién era el campeón?

—Qué iba a preguntarle, si el pobre tenía un pedo peor que el de ahora. —Y señalé la parrilla, donde Darío se sostenía trabajosamente de un vaso de vino.

—Para variar —dijo el Chucho.

—Fuera de eso —seguí diciendo—, nadie nunca me habló del Josecito que nombran. Me dijeron que no anduviera en la selva, porque puede aparecer un yaguareté. Y me recomendaron en qué lugar del río puedo pescar los surubíes más grandes. Pero, de José Arroyo, ni noticias.

Entonces mis amigos se miraron y suspendieron el truco. Ya no importaba la hora, ni que al otro día teníamos que madrugar. El Chango Martínez propuso ir afuera a sentarnos en el pastito, porque al sereno estaba más fresco. ¿Más fresco? El calor y la humedad no sólo se mantuvieron, sino que enviaron un escuadrón de mosquitos.

Artemio hizo un gesto de esperen un minuto, volvió a la puerta del quincho y pegó el grito:

—¡Eu, vengan, che, que vamo' hablá del campeón!

No hizo falta dar más explicaciones: Darío Mendoza y su grupo, y algunos que estaban en otras mesas —yo ni el nombre les sabía—, se nos acercaron.

Y así, con un fondo de sapos y de grillos, los vagos fueron desplegando la historia del gran José Arroyo, hijo dilecto de Puerto Echeverría. Dejaron de lado su natural parquedad y dieron paso a una inimaginable verborragia.

Nacido en el pueblo, Arroyo había sido Campeón Argentino de Box, allá por 1956. Y todos se peleaban por contar las hazañas del crédito local: sus épicos triunfos, sus defensas de campeonato. Hasta alguno se levantó y tiró unos golpes al aire, demostrándome cómo Josecito había noqueado a un rival. Los desbordaba el orgullo, aunque era obvio —los años cantan— que ninguno de ellos lo había visto sobre el ring.

14 —¿No vieron si hay alguna pelea en YouTube? —dije.

Se hizo un silencio que hasta las ranas y las cigarras acompañaron.

—¿Lo qué? —dijo Chucho.

—Habla de interné —explicó el Chango, que de todos era el más leído—. Nada de data hay de aquellos años. Nosotros —el tipo sacó pecho— perpetuamos la gloria de nuestro Josecito mejor que una puta máquina. La leyenda viene de padres a hijos, porteño.

Y bueno, me dije. Todo de mentas. Así se hace la historia.

También me contaron que una vez al año lo traían a José Arroyo para agasajarlo. Organizaban una fiesta a la que no faltaba nadie, y hasta le juntaban unos pesitos: años después de sus épocas de gloria, se ve que hoy el campeón andaba en la miseria —aunque ninguno de los presentes se atrevía a pronunciar tan fuerte palabra.

Me fui dando cuenta de que la vida misma del pueblo pasaba por la carrera del crédito local. Carecían de ambiciones, del más mínimo instinto de superación. Dios los había puesto en un lugar del

que no les iba a resultar fácil escaparse. Recordé mi primer día en el boliche del Cacha. Las lápidas.

Y llegó el Día de Josecito.

Salí temprano a tomar el desayuno, como todos los sábados, y fui caminando al bar. En Echeverría nada queda cerca si no se va en auto: el pueblo se despliega a lo largo de una sinuosa, larguísima calle de tierra roja. Esos cuatro o cinco kilómetros son flanqueados por montes de lapachos y enredaderas, y el verde dominante es apenas interrumpido por casas dispuestas acá y allá. A pesar de las distancias, yo disfrutaba de estos paseos en los que me rodeaba un festival de colores, de naturaleza.

15

A medida que me acercaba al “centro”, vi los primeros carteles pegados a los árboles aledaños al camino: BIENVENIDO JOSÉ, TE QUEREMOS JOSÉ, GRANDE CAMPEÓN. Innumerables eran las muestras de afecto, expresadas en leyendas escritas sobre cartulinas.

Espero que José Arroyo conserve la vista, pensé, porque desde el auto no va a leer nada.

—¡Porteño! —me saludó Chucho Reyes no bien entré en el bar, que explotaba como nunca—. Hoy vas a ver lo que es bueno.

Me acomodé como pude en el mostrador, pedí un cafecito al Cacha y me dispuse a disfrutar el día de fiesta.

Obviamente, de lo único que se hablaba era de Josecito. Me impresionaba el contraste con aquel silencio general del primer día: nadie dejaba de contar las mismas hazañas, con el mérito de que los detalles

no coincidían casi nunca. Cuando le ganó a Rompehuesos Cardozo, por ejemplo, algunos decían que la pelea había sido en Paraguay, y otros que en el Chaco. Había quien aseguraba que ganó por nocaut en dos rounds, y alguien afirmó que fue por puntos.

—Vamos a la plaza, muchachos —dijo el Chango Martínez—, que la fiesta ya empezó.

—¿Y Josecito? —pregunté.

—Cae al mediodía. Ya está grande, y viene directo pal' morfi.

16

Al llegar a la plaza, se apreciaba una bandera argentina con el escudo del pueblo, colgada entre dos árboles. La cruzaba una diagonal que decía, está vez con letras más legibles: JOSÉ SOS NUESTRO ROKI. Algunas mujeres todavía estaban poniendo moños de papel crepé de todos colores por todas partes.

—Mirá l'esenario —dijo Darío Mendoza, mientras señalaba en una de las esquinas un adefesio armado con cajones de frutas—. Lo levantó papito, arreando a un par de vagos de la municipalidá.

—Es por si alguien quiere hablar, porteño —explicó Chucho Reyes—. Vos viste.

A un costado de esa tarima desvencijada había unos tablones soportados por caballetes y cubiertos con manteles de papel de estraza. Ya se sentía el olorcito de una buena choriceada con chimichurri. De un parlante oxidado, atado con alambre a un poste, no dejaban de salir chamamés, zambas y chacareras.

Al lado del mástil de la plaza, se habían improvisado unos puestos de tres tiros por dos pesos, de

lanzamiento de dardos —para las bombuchas—, y de bolas de trapo —para las latas—. El puesto más demandado era el de un gordo que ponía a la gente a tirarle trompadas a un muñeco tentempié, un *punching ball* inflable, mientras el intendente del pueblo relataba los golpes de los participantes como si se tratara de un nocaut de Josecito. Los premios de todos los juegos eran siempre los mismos: telúricos paquetes de yerba donados por el almacén de ramos generales. Supuse que de esta manera armaban la vaquita para Arroyo. Muy triste.

17

Con cuatro palos de escoba clavados en la tierra y unas sogas deshilachadas, habían armado un ring. Ahí adentro la gente rememoraba las grandes hazañas del campeón, y hasta se daba el gusto de trenzarse en una pelea amistosa: las risas y los zapallazos iban y venían. Y la pasión de los lugareños, las caras felices, felices de verdad, verificaban lo que me habían contado aquella noche de asado y truco: José Arroyo —su carrera, su fiesta— era lo único que a Puerto Echeverría lo hacía sentirse vivo.

—¡Allá está Josecito! —dijo una voz, y vi una comibi que se estacionaba en la esquina de la plaza. El flanco visible tenía un logotipo despintado: FERRETERÍA EL CAMPEÓN.

Del asiento del conductor —en el asiento del acompañante no iba nadie— se bajó un pibe, y ante la algarabía que se armaba, nos saludó a todos levantando la mano.

—El nieto —me dijo Artemio al oído, reverente, entre los gritos, los cantos y las serpentinatas.

El nieto se mandó para la puerta trasera de la combi, y varios lo siguieron con desbordante ansiedad. Y yo fui de los que más se acercaron.

—Acá está tu gente, abuelo —dijo el nieto después de abrir la puerta.

Yo sabía que Arroyo andaría por los ochenta largos, y conocía lo duro de la vida del boxeador. Y aunque no esperaba encontrarme con un modelo de Armani, mi primera imagen fue la de una momia en silla de ruedas.

18

Pero poco les importaba a los echeverrienses tal deterioro: los más desesperados lo bajaron de la combi, meta saludarlo y palmearlo y agradecerle que un año más estaba junto a ellos.

—¡Grande, campeón!

Con lágrimas en los ojos, le recordaban cuando sacó del ring a uno, o mandó al hospital a otro. Y ante todo elogio o evocativa finta, Josecito siempre asentía con el mismo gesto de mirada perdida en el cielo de su gloria.

—Es igual que el negro —me dijo el Cacha, que no parecía consustanciarse mucho con la celebración.

—¿Qué negro?

—El *único* negro: Alí. Cassius Clay.

—¿Tan bueno era? —dije por cortesía, ignorando lo desproporcionado del comentario.

—La verdad que no, pero yo lo decía porque tiene el párkinson igual que el negro. Vea cómo le tiemblan las arrugas. —Lo miré confundido—. ¿No ve que el pobre no entiende? —Y esto lo dijo haciendo el gesto de revolver el índice por el marote.

Efectivamente, comprendí que José Arroyo no sabía ni quién era ni dónde estaba. Cuando unos chicos le movieron la silla de ruedas —se ve que era una jodita tradicional— y le hicieron dar un par de rápidas vueltas empujándole la silla, el anciano sonrió diciendo:

—Soy Fangio. Fangio soy.

Cuando se aplacó la euforia, el intendente se encaramó en la tarima, y a los gritos pelados anunció:

—¡Vamos, vamos, que se enfrían los choris!

19

La gente se abalanzó sobre el parrillero, y después se fueron a devorar los choripanes en las mesas, o directamente de dorapa, o sentados en el piso.

Josecito tenía su lugar de privilegio, por supuesto. Pero noté que, mientras todos le daban al diente, nadie le ofrecía nada al campeón. Ni un piolín para que chupe.

—Muchachos —les dije a los que me rodeaban, y les señalé a Arroyo—, ¿no le tiran un chori?

Se me cagaron de risa en la cara.

—No tiene dientes, porteño —dijo el Cacha, dándole a mi hombro con la palma grasienta—. Qué va a masticar. ¿Ve? Ahí le traen su sopita. Chori en licuadora, je.

Una vieja se acercó, taza y cuchara en mano, y con gran empeño se dedicó a que Josecito tomara la sopa. Difícil tarea: a él lo atacaba un temblequeo que le hacía caer buena parte del caldo en esos muslos escuálidos como grisines.

Ya avanzada la comilona, varios fueron subiéndose a la tarima para declamar elogios y agradecimientos.

José Arroyo ni sabía que le hablaban a él. Pero, cuando cada cual terminaba, el nieto tocaba el hombro del campeón, y Arroyo con un movimiento de cabeza decía:

—Vivan Perón y Evita, carajo.

A eso de las tres de la tarde, el nieto dijo:

—Vayan despidiendo al campeón. Necesita ir a descansar.

20 Y se armó un ritual de admiración, de abrazos, de saludos. Hasta yo estreché su mano inquieta. Después de que el intendente le entregó en nombre de todo Puerto Echeverría la vaquita que se juntó, la combi se perdió en la calle principal.

Me quedé pensando en la obra de bien que hacía José Arroyo, y sin proponérselo. Su carrera alegraba a generaciones.

La fiesta igualmente continuó hasta que empezó a oscurecer, pero al día siguiente la vida de Puerto Echeverría volvió a las tardes muertas frente al televisor del bar. Al abúlico silencio de las calles. A la falta de mañana. A esperar la nueva celebración de la trayectoria del ídolo. A esperar el año que viene.

Y pude ser testigo de esa fiesta un par de años más. A cada celebración, Josecito se iba envolviendo en sí mismo, se iba estrujando. Aun así, la devoción popular era la misma de siempre.

Una tarde en que volvía de trabajar, a medida que avanzaba con mi auto, veía gente llorando abrazada, en pleno desconsuelo. En el bar confirmaron mis sospechas: José Arroyo había fallecido hacía unas horas.

El nieto y un par de familiares más se encargaron de hacer traer los restos, y las exequias fueron lo más fastuosas que Puerto Echeverría pudo permitirse.

Durante varias semanas, todos seguían mostrando la depresión a flor de piel. Por supuesto que surgieron los homenajes, esta vez *post mortem*; sin que mediara siquiera una junta vecinal, a la calle principal le pusieron José Arroyo, y a un “artista” de Posadas le encomendaron una escultura alegórica. Yo llegué a verla erigida en la plaza, y debo decir que más se parecía a Irineo Leguisamo que al buen Josecito.

21

Los meses iban pasando, y la acedia se volvía crónica. Incluso en la economía se notaba: la yerbatera, el pulso vital de Puerto Echeverría, no rendía como antes.

Cuando llegó octubre, la fiesta anual para Josecito no se hizo. En cambio, se ofició una misa, a la que asistió todo el pueblo.

Pronto le pedí a la empresa que me trasladaran. En Echeverría podía disfrutar de la naturaleza, del río, de las misioneras —las chicas del interior se encandilan por el porteño—; pero el bajón general me estaba contagiando el alma.

El día de la despedida no resultó fácil: era gente tan buena, y yo aprendí a quererla tanto, que a cada uno le prometía caer de visita no bien pudiera.

Además, algo se me estaba ocurriendo.

Una vez que volví a aclimatarme en Buenos Aires, con la idea ya madurada, hablé con el dueño de la yerbatera. Por supuesto, él estaba al tanto de

la historia de José Arroyo y de lo que representaba para Puerto Echeverría.

—Armamos un documental sobre el gran Josecito —propuse—, bajo nuestro auspicio. Mi mejor amigo tiene una productora bastante potable, con su propio equipo de filmación. ¿Qué le parece? Conseguimos que algún político lo declare de interés provincial y todo. —Ante su evidente complacencia, expresada en admirativos asentimientos, seguí explayándome—: 22 Gracias al documental volverá la fiesta, y Echeverría no tardará en resurgir de sus cenizas. Si vivían para eso, los pobres.

—No está mal —dijo el dueño, acariciándose la barbilla y con ojos de inversor.

Tracé un plan de trabajo:

1. Ir redactando las anécdotas de mis amigos de Puerto Echeverría, para facilitarle al equipo el armado del guión.

2. Buscar información acerca de Josecito en la hemeroteca del Congreso, en los anales de la Federación Argentina de Box, y por supuesto en Google: fotos de Josecito derribando a un oponente, o levantando las manos por un triunfo, le darían sentido al documental. También algún testimonio de boxeadores de aquella época vendría perfecto.

Pero, después de un tiempo de búsqueda, en ninguna fuente encontré ni media línea sobre José Arroyo.

No me di por vencido, y averigüé en gimnasios de boxeadores, y hasta en los propios archivos del Luna Park. Y como me habían dicho que su carrera

se desarrolló mayormente en el interior del país, me contacté con algunos periódicos provinciales. Nadie sabía nada.

Incluso un día me lo crucé a Osvaldo Principi en el subte, y de caradura me presenté para preguntarle sobre el campeón de Puerto Echeverría. Pero el resultado fue el mismo: tampoco un experto como él sabía de José Arroyo.

Debí asumir que las hazañas del “campión” habían quedado muy atrás en el tiempo, y me enfoqué en lo primero que debía haber hecho: entrevistarme con la gente misma de Puerto Echeverría.

23

Aun desde Buenos Aires, yo seguía supervisando el funcionamiento de la planta. Aprovechando que debíamos inspeccionar unas máquinas nuevas, decidí viajar yo a Misiones. Así que coordiné con los muchachos para vernos, y enseguida el Chango prometió que haríamos un asado en el club.

Alquilé un auto en el aeropuerto de Posadas y enfilé hacia la yerbatera. Una vez que resolví los temas laborales, me mandé a Puerto Echeverría. Advertí que todo estaba exactamente igual que cuando me había despedido. Excepto el nombre de la calle principal; de la desolada calle principal.

Era la tardecita, y no pasé por el bar del Cacha: preferí evitar las lápidas y las miradas robóticas.

En el asado había por lo menos unos diez amigos, y me mataron a abrazos. Se los veía bastante bien.

—Tenemos una sorpresa para darte, porteño —dijo Chucho Reyes cuando ya habíamos liquidado la parrillada.

—¿En serio? —dije—. Yo también. Pero empezá vos.

—En octubre, otra vez festejamos a Josecito. Otra vez la fiesta, vos viste.

—Qué buena noticia, Chucho —dije, gratamente sorprendido: la novedad empalmaba con mi proyecto—. ¿Y qué piensan hacer? Digo, ahora que...

24 —... alquilamos a un pibe y a un viejo —dijo Artemio—, que van a hacer del nieto y de Josecito.

Miré las sonrisas de todos, y me di cuenta de que no era chiste. Me guardé cualquier crítica: qué sentido tenía objetarles lo bizarro de la idea. Ellos eran felices así.

—Bueno —dije—, yo creo que puedo aportar algo a esa fiesta.

Y les presenté la idea del documental. Al principio se mostraron expectantes.

—Ahora bien —dije—: necesito que ustedes me digan con quién puedo hablar para conseguir más información. Estuve averiguando en varios lugares, y en ninguno encontré nada de Josecito.

Todos se miraron, y muy seriamente el Chango Martínez dijo:

—Vos tenés que hablar con nosotros. Nosotros te vamos a contar todo.

—Por supuesto, Chango: los testimonios que puedan darme ustedes son parte fundamental de esta idea, y van a ser entrevistados y filmados. Pero también sería bueno hablar con algún entrenador, un rival, un

periodista. Con el nieto, qué sé yo. Así sumamos más anécdotas. Imaginate conseguir recortes de diarios, fotos de Josecito boxeando. Todo aporta. Los detalles...

—... los detalles no le importan a nadie —dijo Chucho Reyes de una manera tan tajante que evaporó mi entusiasmo—. Si querés hacer las cosas bien, sólo poné lo que te contamos nosotros.

Semblanteé a los demás: con su marcada circunspección apoyaban claramente a Chucho. El clima de la noche se había vuelto de hielo.

—Yo me voy —dijo el Chango—, ya es tarde. —Y, antes de irse, hizo un saludo general, sin importarle que ya no nos veríamos: sabían que yo me volvía a Buenos Aires al día siguiente.

La gente empezó a irse, y en menos de quince minutos no quedó nadie. El asado se dio por tácitamente terminado.

Amanecí confundido: ¿tanto les había molestado la propuesta? Sea cual fuese el bicho que les había picado, adiós documental.

¿Y si antes de volverme no iba a hablar con el Chango, a aclarar las cosas?

Ma sí, que se jodan.

Decidí darme una vuelta por lo del Cacha, a desayunar. Más que a desayunar, a charlar un rato. A recordar aquellos buenos momentos de cuando yo vivía en Echeverría.

Me recibió alegre, y fue reconfortante. Ocupé mi lugar en la barra, como siempre. Después de servirme el cortado mitá y mitá, el Cacha me dijo:

—¿Qué pasa, amigo? ¿No durmió bien?

—Más o menos.

—Las misioneras son bravas, ¿no? —Me guiñó un ojo.

Asentí, cómplice.

Y entonces recordé que el Cacha no se contaba entre los más entusiastas seguidores de Josecito. Él siempre tenía a menos al campeón, a toda la liturgia de la fiesta. Aprovechando que no había otro cliente más que yo, le comenté mi idea del documental y de la actitud negativa de los muchachos.

El bolichero me miró con cara rara.

—¿Y eso lo sorprende?

—Un poco. El documental hubiese quedado muchísimo mejor, si entre todos agregáramos cosas distintas a las que ya se saben. Sería ideal pasarlo en la fiesta. Hubiera sido ideal, mejor dicho. Porque ahora ya no quiero insistir. Si hago algo que no les guste, por ahí no quieren ni verlo. Y estos cabezas de alcoroque no me hablan más.

Hizo un gestito, socarrón.

—¿Usted todavía no se dio cuenta, porteño?

—¿De qué?

—De que lo de José Arroyo es todo un verso.

—¿Verso? Verso en qué sentido.

—Un verso. Usted sabe.

—No me jodás, Cacha.

—No lo jodo, porteño —dijo, apoyando los codos en la barra—. Mire: mi abuelo conocía a Josecito desde los años cincuenta. Y a mi viejo y a mí nos contó siempre la verdad.

—Explicate, Cacha.

—En el pueblo nadie quiere hablar de este asunto. Pero, si me promete no revolver la mierda, yo le cuento la verdadera historia de José Arroyo. A menos que no quiera enterarse. Eso sí: a esta altura, me parece que usted ya merece conocer la verdad.

—Obvio que seré discreto. ¿Vas a decirme que no fue campeón?

—No, campeón fue. Pero Campeón Misionero. No Campeón Argentino.

—¿Y entonces? —dije abriendo los brazos—. Ponele que sea un título menos importante, pero campeón fue.

Negó con la cabeza, y de un trapazo liquidó una mosca que sobrevolaba las medialunas.

—Lo primero que hay que decir es la forma en que lo consiguió. El triunfo de José Arroyo fue un fiasco. Su rival subió borracho al ring. Mejor dicho, lo subieron. Y por la mamúa tuvo que abandonar en el cuarto round. Pero antes lo tiró como cinco veces a Arroyo, que terminó con la cara destruida.

—Pero...

—Pero eso trascendió tiempo más tarde, y Arroyo se inventó una victoria espectacular cuando volvió. Imagínese que en esa época acá no llegaban ni diarios, ni radios. Y como en el pueblo lo pasaron a tratar como a un héroe, mantuvo su relato. Es más: después se fue inventando defensas de títulos y otros éxitos que no eran tales. ¿Qué me cuenta?

—¿Y cómo mantenía esa mentira?

—Muy simple: iba a pelear, y casi siempre terminaba noqueado; pero después decía que ganaba.

Encima viajaba solo con su hermano mayor, que le hacía de entrenador y de mánager. Así que nadie podía descubrirlos. No hace falta decir que el título lo perdió en la primera defensa.

—No lo puedo creer —dije, sintiéndome un perfecto estúpido—. No lo puedo creer.

—Créalo.

—Y esa mentira que vos decís... ¿Cómo se enteraron?

28 —Es que los años no pasan al pedo. Siempre había algún rumor, alguien que en Posadas se enteraba de algo. Pero nadie se atrevía a reconocer la mentira. O a aceptarla. El “campión” era el orgullo de Puerto Echeverría. Además llegó un momento en que ya nadie supo bien cómo era la posta.

Yo lo miraba fijo al Cacha, digiriendo de a poco.

—¿Y lo de la fiesta cómo empezó? —dije.

—Se les ocurrió allá por los setenta a unos pibes, en pleno apogeo de Monzón. Qué mejor que aprovechar la ola y tener un ídolo de boxeo, ¿no es cierto? Un ídolo al alcance de la mano. Y capaz que podían aprovechar la fiesta, para levantar minas. Ni qué hablar que Josecito aceptó rápido. Tan rápido —el Cacha sonrió con tristeza— como solía caer en el ring. Se estaba asegurando ser el eterno crédito local. Y, por ahí, estaba dentro de sus esperanzas la vaquita.

—Me imagino.

—Y después hasta se metió la política local.

—¿Cómo?

—Claro, al principio la fiesta se organizaba en enero. Pero, a mediados de los años ochenta, un

intendente se avivó: si la organizaba antes de las elecciones, la gente llegaba más contenta a la votación, y él sacaba más votos. ¿Y entonces qué hizo?

—La pasó a octubre.

—Exacto, porteño. —Se calzó el trapo al hombro, y me señaló con ese índice de uña mordisqueada—. La excusa fue que hacía menos calor que en enero. Desde ya que la gente ni se dio cuenta de la verdadera intención, ¿no?

El Cacha no mentía, eso estaba claro. Y en cuanto al propio Josecito —al pobre Josecito—, ¿qué imputación podía hacérsele? Le daban afecto, se hacía unos mangos, se sentía importante. Existía. Y a pesar de su carrera de ojos en compota y de invariables besadas de lona, había que reconocerle una hazaña mayor que la de un triunfo deportivo: darle algo de vida a las caras muertas de las tardecitas, a esos rostros blanqueados por el lechoso resplandor de la tele.

—Me siento un tarado —dije—. Todo el mundo se habrá reído de mí.

—No, ¿por qué? Digamos que el mito ya se hizo carne, y todos hablan convencidos de lo que dicen. La nueva generación intuye que hay algo raro con lo de José Arroyo, pero prefiere mirar para otro lado. Así que no es ilógico que no quieran que nadie de afuera averigüe. A ver si surge algo que no les gusta. Más ahora, que van a hacer la fiesta de nuevo.

Era obvio que, con el paso del tiempo, a la gente de Puerto Echeverría le fue chupando un reverendo huevo saber si José Arroyo había sido un buen campeón o no. O un campeón a secas. Me descubrí con

la mirada perdida en el fondo de la barra, entre las botellas de whisky y de ginebras.

—Me dejaste sin palabras, Cacha.

—Perdón si lo desilusioné —dijo, tal vez con cierto tufillo irónico.

Lo perdoné asintiendo con la cabeza.

—No es el primero al que le hago ver la realidad —insistió el bolichero—. Y no será el último, seguramente.

30 —Seguramente —dije—. Siempre habrá mitos, ¿no? La gente vive de esas cosas, necesita ilusiones.

El Cacha levantó la vajilla que usé en mi desayuno y limpió el mostrador con su pestilente trapo. Después me dio la espalda y, cuando volvió a mirarme, puso dos vasos sobre la barra y una botella de Bols.

—Por José Arroyo —dijo.

—Y por los mitos y las ilusiones que vendrán.

—La casa invita.



BÄRENHAUS
EDITORIAL